

Herencia Hechicera.

Un recorrido por el concepto de feminidad en el psicoanálisis freudiano, a la luz de Simone
de Beauvoir.

Silvana del Mar Pineda Altamar

Tutor: Luis Fernando Orduz

20 de septiembre de 2020

Resumen

Los conceptos de mujer y de feminidad, han logrado encontrar distintos matices en la cultura, en la historia y en la academia. Simone de Beauvoir desarrolla una discusión y una crítica visceral a las formas que se le han dado a lo femenino y la mujer y pretende en su libro “El segundo Sexo” ubicarla en un espacio por fuera de la opresión masculina. Sigmund Freud, plantea en el desarrollo de la teoría psicoanalítica, una idea velada del mismo tema. El presente escrito pretende mostrar los aportes y la comprensión acerca de la feminidad y de la mujer que el psicoanálisis freudiano ha dado, en contraposición a lo que exalta Simone de Beauvoir en su texto desde la comprensión de la mujer como la muerte, la mujer como “lo Otro” y la mujer madre.

Palabras clave: feminidad, mujer, muerte, lo Otro, madre.

Abstract

The concepts of woman and femininity have managed to find different nuances in culture, history and academia. Simone de Beauvoir develops a discussion and a visceral criticism of the approaches that have been given to what is understood from “the feminine” and “women” and intends in her book "The Second Sex" to place it in a space outside of male oppression. Sigmund Freud manages to raise for the development of psychoanalytic theory, a veiled idea of the same topic. The present writing aims to show the contributions and the understanding about femininity and women that Freudian psychoanalysis has given to the light of the contraposition that the author exalts in her text, from the understanding of woman as death, woman as "the Other" and the mother woman.

Key words: Femininity, Woman, death, “The Oher”, mother

Tabla de Contenido

Resumen	2
Abstract.....	2
Introducción.....	4
Justificación	8
Área problemática	9
Objetivos.....	10
Metodología.....	11
Desarrollo del análisis	12
Marco teórico.....	14
Capítulo 1: La mujer como muerte.....	14
Capítulo 2: La Mujer como “lo Otro”	24
Capítulo 3: La Mujer como Madre.....	34
Discusión	47
Conclusión.....	58
Referencias	61

Introducción

En su libro “El segundo sexo”, Simone de Beauvoir pretende exponer las distintas formas en que las mujeres nos hemos encontrado sometidas a un ejercicio de poder social por parte del género masculino. Para desarrollar su comprensión y posición, de Beauvoir hace un recorrido histórico en el cual resalta la diferencia de roles que se han venido construyendo con el tiempo para ambos sexos haciendo especial hincapié en la historia de las mujeres. Desde la horda primitiva hasta la modernidad, citando autores como Freud, Engels, Jung, entre otros, muestra distintas etapas del reconocimiento de la especie femenina en la tierra.

En lo que corresponde al presente escrito, se pretende hacer una comparación entre la postura claramente feminista de la autora respecto a los aportes freudianos, los cuales, según ella, entienden la existencia de la mujer a partir de la comprensión del desarrollo del hombre, de forma análoga a cómo la sociedad ha ido entendiendo y percibiendo a la mujer a partir de su comprensión de lo masculino. Es importante aclarar que con el tiempo, y con los distintos aportes de nuevas corrientes psicoanalíticas, se ha podido ampliar la mirada y su comprensión para la construcción de una teoría más inclusiva respecto a la mujer.

Para lo anterior resulta conveniente poder plantear tres categorías extraídas de la lectura de Simone de Beauvoir, estos conceptos son: la mujer como la muerte (propriadamente relacionado con el concepto de “pecado” para la cultura occidental), la mujer como “lo Otro” y la mujer como madre. Se hace evidente que a lo largo del texto, la escritora expone cómo estos tres conceptos se entrelazan entre sí y brindan una comprensión tajante de la distinción de los mismos cuando se intentan explicar a través del psicoanálisis,

específicamente cuando es Freud quien desarrolla su mirada sobre los mismos y sobre su representación desde lo femenino.

La mujer relacionada con la muerte y como fuente de pecado, a partir de la idea surgida también en occidente, ha sido un concepto desarrollado desde las creencias místicas y religiosas en cada cultura que ha poblado la tierra. Provista de la capacidad de dar vida también esconde la posibilidad de quitarla. Simone de Beauvoir, relaciona en su texto el pecado como representación de la muerte y en la mujer se encuentran las formas más representativas de esto. “En la mayor parte de las representaciones populares, la Muerte es mujer, y a las mujeres les corresponde llorar los muertos, puesto que la muerte es obra suya” (de Beauvoir, 1948, p. 147). La mujer tendría para ella, por naturaleza la facultad de la magia capaz de volver al hombre en contra de su voluntad, esclavo de su propio placer, destacando la función de la prostituta en la sociedad moderna como una mujer capaz de separar su propio placer de una labor netamente comercial.

En otro orden de ideas, es evidente que históricamente la mujer ha tenido un papel en la sociedad que ha correspondido al sometimiento por parte del hombre, suprimida bajo los mandatos patriarcales de las distintas instituciones con las que nos relacionamos diariamente, manteniendo una figura patriarcal de la que debemos “cuidarnos”. Freud, apoyado en esta comprensión desarrolla investigaciones psicoanalíticas anteriores a su artículo sobre “La sexualidad Femenina” (1931), en las cuales la mujer fue un tema poco discutido en tanto la teoría seguía soportada por los aportes del Complejo de Edipo con una mirada netamente masculina y generalizadora del desarrollo humano.

La mujer como “Lo Otro” es un concepto transversal en todo el texto de postura feminista propiamente dicha. De Beauvoir lo desarrolla explicando que culturalmente el surgimiento o aparición de la mujer en la sociedad, se da a partir de la existencia misma del hombre. Es decir, que sin él, ella no existiría. El sexo masculino se ha comprendido históricamente como el sexo principal, luego la mujer se considera como “lo Otro”: el Otro sexo, el Otro ser, logrando así dificultar su propia identificación en tanto sujeto, en tanto ser. De Beauvoir propone que la mujer entonces, resulta como lo Otro, extraña a la esencia del hombre y a la complejidad de este y la compara con figuras mitológicas como las sirenas, las ninfas y las ondinas. La autora comprende el concepto de “lo Otro” como lo que resulta ser distinto al hombre, es decir, la mujer y señala que: “La mujer se determina y se diferencia con relación al hombre, y no este con relación a ella; la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto: ella es lo Otro” (de Beauvoir, 1948, p. 18)

La mujer como madre aparece en el texto como un concepto trascendental en la historia y lo suficientemente abarcador para que la autora le diera un capítulo completo en su obra, dónde plantea que para la sociedad, solamente cuando la mujer logra concebir y gestar una vida puede tener una comprensión más precisa de la feminidad, de lo que es “ser” mujer y lo que esto significa. La maternidad en el texto de Simone De Beauvoir implica particularidades históricas, sociológicas, políticas, religiosas y por supuesto, psicológicas. La maternidad desde la comprensión del psicoanálisis freudiano implica la única forma en que la mujer logra justificarse como tal y resarcirse ante su falta (de pene) respecto del hombre dando a luz a un hijo varón. (Freud, 1932)

La lectura de este texto a la luz del psicoanálisis y el desarrollo psicosexual de mujeres y hombres, es una fuente de claridades y contraposiciones que se van volviendo explícitas en la medida en que se elaboran distintos conceptos. Respecto a esto, Simone de Beauvoir plantea en su crítica al psicoanálisis que “A Freud no le importó mucho el destino de la mujer; claro que calcó su descripción de la del destino masculino, algunos de cuyos rasgos se limitó a modificar” (de Beauvoir, 1948, p.44), lo cual señala una crítica directa frente al desarrollo de la teoría de Sigmund Freud y que además continúa ubicando a la mujer bajo el yugo opresor de la sociedad que hasta hoy podemos reconocer como machista, privilegiando al hombre en distintas áreas como la laboral o la académica. Bajo la mirada propiamente del psicoanálisis es claro encontrar en el texto objeciones, propuestas, miradas y aclaraciones que indica la autora frente al concepto de mujer y de feminidad propiamente.

Justificación

El presente escrito pretende demostrar la importancia de analizar a partir de tres categorías fundamentales, la comprensión de la feminidad desde el punto de vista de la clínica de enfoque psicoanalítico. Estas tres categorías soportan algunas de las áreas a pensar y discutir del concepto de “lo femenino” propuesto para el psicoanálisis desde Sigmund Freud y la comprensión y crítica que elabora Simone De Beauvoir en su texto “El segundo Sexo”.

La discusión de los planteamientos acerca de “lo femenino” desde el pensamiento de la época freudiana y la modernidad que propone Simone De Beauvoir, dan paso a una comprensión más compleja, profunda y completa del ser humano y, por ende, una noción de cercanía mayor a las problemáticas que se evidencian hoy en día en la clínica de este enfoque.

Hoy en día lo femenino y la concientización sobre la existencia de la mujer se presenta como una realidad que no permite negación desde ningún ángulo. Para la clínica de enfoque psicoanalítico, el presente escrito permite integrar conceptos freudianos como por ejemplo el temor la castración, el complejo de Edipo o la elección de objeto de amor con lo que De Beauvoir resulta propio de la mujer y lo femenino y crítica de los planteamientos freudianos. Dicha integración pretende dar una mirada más realista para el pensamiento psicodinámico acerca de lo que durante mucho tiempo fue pensado como algo diferente al hombre y por ende, desconocido en su esencia.

Área problemática

El concepto de feminidad y lo femenino ha ido tomando fuerza con el paso de los años. Darle lugar a la mujer se ha convertido en un tema reciente y, por lo tanto, no se han alcanzado a elaborar suficientes investigaciones y documentaciones clínica de corte psicoanalítico para darle cabida a lo importante que es la comprensión de la mujer en el abordaje terapéutico actual. La aproximación que Freud anuncia, abre la posibilidad de desarrollar su pensamiento y análisis. Sin embargo, él mismo aclara que no será suficiente y que debe ser tomado con cautela debido a que sus aportes serán poco objetivos ya que se reconoce como hombre y serán apoyados desde su experiencia clínica con sus pacientes mujeres.

A partir de las categorías de análisis, se puede elaborar una mayor comprensión de la representación que ha tenido la mujer para el psicoanálisis que hoy en día se practica y dan cuenta de como se ha dejado de lado, en algunas oportunidades, la percepción de lo propiamente femenino, limitando los procesos humanos a una generalización de procesos psíquicos sin particularidades en cuanto al desarrollo.

El debate entre Freud y De Beauvoir resulta muy relevante, por una parte, para el contexto histórico actual y por otra parte para la discusión de la intervención clínica debido a la emergencia de lo femenino y por esto, lo importante del desarrollo del presente escrito resulta de la aproximación teórica al concepto de feminidad desde el psicoanálisis freudiano en contraposición del pensamiento elaborado de Simone de Beauvoir en su texto “El segundo sexo”.

Objetivos

Objetivo general

- Analizar a la luz de tres categorías, el concepto de “lo femenino” para el psicoanálisis freudiano, desde la perspectiva crítica que estructura Simone de Beauvoir en su libro “El segundo sexo”.

Objetivos específicos

- Analizar el concepto de “lo femenino” desde lo comprendido por Sigmund Freud al respecto para la clínica de orientación psicoanalítica.
- Contrastar lo propuesto por Sigmund Freud acerca de “lo femenino” con lo definido y elaborado por Simone de Beauvoir en su texto de “El segundo sexo” de 1948.
- Identificar la correlación existente entre ambas propuestas conceptuales para la elaboración de tres categorías de análisis para la clínica psicoanalítica.
- Demostrar la importancia de abrir una discusión respecto a una comprensión más amplia desde la clínica psicoanalítica, la investigación e incluso sociocultural de lo que implica pensar en “lo femenino”.

Metodología

El presente escrito resulta de una investigación de tipo cualitativo que pretende señalar las diferencias enmarcadas a nivel clínico-psicoanalítico y sociocultural del concepto de la feminidad. Para su elaboración fue necesaria la lectura comprensiva de algunos de los escritos de Sigmund Freud donde elabora dicho concepto a partir de su experiencia clínica y personal, como también, la lectura del libro de “El segundo sexo” de Simone de Beauvoir, en donde se evidencia el desarrollo de una crítica y un planteamiento de una forma distinta para abordar el concepto de lo que implica pensar en “lo femenino” en nuestra historia contemporánea. La revisión de los anteriores escritos permite elaborar una comparación analítica desde tres categorías distintas, sobre la misma problemática con la intención de que la conclusión sirva como parte de un ejercicio riguroso de plantearse nuevos caminos para la investigación y el trabajo clínico.

Desarrollo del análisis

Luego de realizar una lectura completa sobre el libro *El Segundo Sexo*, de Simone de Beauvoir (1948), se hizo el análisis de 3 categorías específicas que, resultan relevantes a la hora de lograr una mayor comprensión acerca de la mujer y el concepto de feminidad en la sociedad. A partir de lo planteado por la autora, se analizarán dichas categorías a la luz de la postura psicoanalítica freudiana.

En la primera parte del libro, la autora intenta describir a la mujer en su historia desde la mirada masculina, donde expone sus claridades acerca del psicoanálisis y la forma en que la mujer logra ser casi un ente aparte de toda la teoría científica y sobre la cual no se encuentra todavía lugar para ella en el saber psicoanalítico.

Freud es claro cuando en la conferencia que realizó sobre “La Feminidad” en 1932 explica que su comprensión acerca de la mujer y la feminidad es limitada y está sujeta enteramente a la observación y el análisis de los relatos de sus pacientes y que además, siendo hombre, se sobre entiende la dificultad que tenía para poder brindar una comprensión más acertada sobre lo que es “Ser Mujer”.

Las tres categorías son: La mujer entendida como muerte, la mujer entendida como “lo Otro” y la mujer entendida como madre. Estas tres categorías, permitirán el desarrollo del análisis de cómo se ha construido el concepto de mujer y de feminidad históricamente a nivel social, religioso, cultural, etc... y cómo el psicoanálisis ha logrado fundamentar una construcción teórica basada en conceptos y desarrollos propios masculinos. Esto se puede reconocer a partir de que en sus inicios no mostró mayor interés en la mujer como un sujeto

distinto al hombre durante su desarrollo infantil y por ende el concepto de feminidad se logró pensar posterior a los postulados clave propuestos por Freud, que determinan la forma como se va a construir el psiquismo de una persona indistintamente de su género.

Marco teórico

Capítulo 1: La mujer como muerte

Es tan ondulante, tan contradictorio, que al principio no se descubre su unidad:
Dalila y Judit, Aspasia y Lucrecia, Pandora y Atenea, la mujer es al mismo tiempo
Eva y la Virgen María. Es un ídolo, una sirvienta, la fuente de la vida, una potencia
de las tinieblas; es el silencio elemental de la verdad, es artificio, charlatanería y
mentira; es la curandera y la hechicera; es la presa del hombre, es su pérdida, es
todo cuanto él no es y quiere ser, su negación y su razón de ser (De Beauvoir, 1948,
p. 143).

La anterior cita denota con claridad la ambivalencia en que de Beauvoir encuentra la
representación de la mujer como “el bien y el mal” en la sociedad. Bien y mal al mismo
tiempo, capaz de enredar con su Naturaleza cualquier intento del hombre por dominar su
propio ser a pesar de que social y culturalmente se ha comprendido como un sujeto que se
encuentra bajo el mandato masculino sobre el cual ella no logrará sobreponerse. Esta
ambivalencia es también clara, según Freud a nivel anatómico, que se representa por el
hecho de que la mujer visualmente carece o no está dotada de pene, siendo ésta la única
característica que diferencia a los niños y las niñas antes de que estas entren a la etapa de la
pubertad en la cual lo vaginal se convertiría en el centro de la actividad sexual de la mujer,
dotándola entonces de una doble valencia. Una sexualidad clitoridiana y una sexualidad
vaginal.

Si bien en la historia el sexo masculino ha sido más relevante por sus claras
diferencias anatómicas con la mujer, el poder que este ha ejercido sobre ella debe ser

revisado con otros ojos. Para el psicoanálisis y específicamente para Freud, la mujer y lo que esté relacionado con lo femenino, se considera de funcionamiento “pasivo” en tanto no ejecuta acciones físicamente notables. La mujer, reconocida en algunas culturas como una divinidad que resalta por su atractivo físico e intelectual es capaz de engañar al hombre hasta llevarlo a la muerte. Por esto, se entiende que la mujer tiene una relación estrecha con la muerte y el pecado para nuestra cultura. Los atractivos femeninos en distintas culturas se reconocen como peligros que el hombre debe evitar a través del poder de sometimiento en el que se ha sostenido.

La vacilación del varón entre el temor y el deseo, entre el miedo a ser poseído por fuerzas incontrolables y la voluntad de captarlas, se refleja de manera impresionante en los mitos de la Virginidad. Tan pronto temida por el varón, tan pronto deseada o incluso exigida, la virginidad se presenta como la forma más acabada del misterio femenino; así pues, es su aspecto más inquietante y fascinante a la vez (de Beauvoir, 1948, p.154).

Desde la visión del psicoanálisis, según Simone de Beauvoir, lo anterior tiene todo el sentido. El hombre, movido por sus instintos sexuales es quien es más susceptible de pecar, porque no tendrá tal vez los suficientes recursos para no ceder ante los encantos que la feminidad denota sin mayor esfuerzo y sin embargo, la mujer ha sido y aun en la actualidad sigue siendo, la única responsable de este fin. Por este motivo es que “en particular en los países anglosajones, impregnados de puritanismo, la mujer suscita en la mayor parte de los adolescentes y entre muchos hombres un terror más o menos confesado”. (de Beauvoir, 1948, p. 171) Para Freud:

El primitivo establece un tabú allí donde teme un peligro. Ese peligro es, generalmente considerado, de carácter psíquico (...) Acostumbra a proyectar sus impulsos hostiles sobre el mundo exterior; esto es, a atribuirlos a aquellos objetos que le disgustan o los siente simplemente extraños de él. De este modo, considera también a la mujer como una fuente de peligros, y en el primer acto sexual con una de ellas un riesgo especialmente amenazador (Freud, 1917,p. 977).

La mujer denota pecado, al tiempo que este concepto se concibe como castigo por incumplir con ciertas leyes o normas de la sociedad y la cultura de la cual se ha apropiado, implica que su presencia es peligrosa. Como ya se mencionó en la primera cita, Simone de Beauvoir es clara cuando pone como ejemplo el contenido simbólico de la sangre menstrual, en la que distintas culturas y sociedades la relacionan con impureza y prueba del peligro de la existencia de la mujer en tanto responde a la realidad de su esencia.

Sería franca ineptitud asimilar las repugnancias a las que suscita la sangre en todos los casos; ciertamente, la sangre es en sí misma un elemento sagrado, impregnado más que ningún otro del misterioso *maná* que es a la vez vida y muerte. Pero los poderes maléficos de la sangre menstrual son más singulares. Esa sangre encarna la esencia de la feminidad (de Beauvoir, 1948, p.150).

Freud por su lado, expone que el tabú de la virginidad surge, entre diferentes posibilidades por el temor por la sangre de la mujer se explica desde las tribus primitivas diciendo que: “Una primera tentativa de explicación puede, pues, basarse en el horror de los primitivos a la sangre, considerada por ellos como esencia de vida”. (Freud, 1917, p. 975)

En el mismo texto de “El tabú de la virginidad” (1917), Freud explica que en las mismas tribus primitivas ya existía un sentimiento de temor frente a la mujer que el hombre debía considerar siempre debido a que esta se consideraba como peligrosa:

En cuanto el hombre inicia una empresa especial, una partida de caza, una expedición guerrera o un viaje, debe mantenerse alejado de la mujer. La infracción de este precepto paralizaría sus fuerzas y le conduciría al fracaso. (...) Allí donde el primitivo ha establecido un tabú es porque temía un peligro, y no puede negarse que en todos estos preceptos de aislamiento se manifiesta un temor fundamental a la mujer. Este se basa quizá en que la mujer es muy diferente del hombre, mostrándose siempre incomprendible, enigmática, singular y, por todo ello, enemiga (Freud, 1917, p. 976).

Sin embargo, resulta ambigua esta forma de pensamiento en la cual la mujer resalta pecado y peligro y al mismo tiempo, es portadora de la capacidad para concebir vida. Esta ambigüedad ha sido reducida con los distintos ritos en los cuales el hombre logra un contrato de propiedad de la mujer como es el caso del matrimonio para la religión católica. Antes la mujer deseada, pecaminosa y peligrosa, pasa a ser dócil, manejable y proveedora de vida, un ser de características “pasivas” como esencia de lo femenino según Freud. “Pudiéramos pensar en caracterizar psicológicamente la feminidad por la preferencia de fines pasivos; preferencia que, naturalmente, no equivale a la pasividad, puesto que puede ser necesaria una gran actividad para conseguir un fin pasivo” (Freud, 1932) Por esta razón se podría pensar que únicamente a través de esta transacción de unión de los dos sexos, con la primordialidad de una soberanía del hombre sobre la mujer, garantice el hombre un dominio sobre el aspecto amenazante de ella.

De la mano con lo expuesto anteriormente, se reconoce el miedo como uno de los sentimientos más movilizantes o tal vez paralizantes de la especie humana, y según el psicoanálisis, la razón para éste, es el temor a la castración, propio del desarrollo del sexo masculino. En el transcurso de la historia y con el intento de supresión de todo tipo de forma femenina, la castración toma mayor representación en el hombre, sin embargo la mujer en investigaciones posteriores, tal vez comprendida desde una perspectiva del psicoanálisis más moderno tiene realidades a las que temer con la misma intensidad.

Freud elabora el término de angustia o temor a la castración en el desarrollo del niño de características anatómicas masculinas. Como poseedor de pene, se hace evidente cuando en la fase fálica se presenta el Complejo de Edipo, el niño habiéndose percatado de que su madre, sus hermanas u otras mujeres cercanas no tienen pene asume que han sido desprovistas de este a manos del padre por ceder ante sus deseos sexuales dirigidos a la madre. Es entonces, cuando la posibilidad del incesto se experimenta de forma más real (pecado) actuando su fantasía con respecto a la madre. Según Freud, el niño sale del Edipo cuando se instaura en él, la posibilidad de ser castrado y se instala en su psiquismo el ente protector de su falo: el *Super-yo*.

En el varón es entonces el descubrimiento de la posibilidad de castración, evidenciado por la vista de los genitales femeninos, el que impone la transformación del complejo de Edipo, el que lleva a la creación del Super-yo y el que inicia así todos los procesos que convergen hacia la inclusión del individuo en la comunidad cultural (Freud, 1931, p. 521).

El complejo de Edipo del niño, en el cual desea a su madre y quisiera apartar al padre, viendo en él un rival, se desarrolla naturalmente a partir de la fase de su sexualidad fálica. Pero la amenaza de castración le fuerza a abandonar tal actitud. Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido y, en el caso más normal, fundamentalmente destruido, siendo instaurado como heredero del mismo un riguroso Super-yo (Freud, 1932, p. 940).

Lo anterior encaja de manera casi exacta con la realidad que propone Simone de Beauvoir en su texto. La mujer, representa para el niño la amenaza de castración debido a su “falta” por lo cual cualquier figura femenina posterior en la vida del varón, encarna un tinte pecaminoso y prohibido del cual él debe protegerse, obedeciendo los mandatos de su *Super-yo*, que a su vez implica el cumplimiento de las normas sociales. La mujer comprendida por el hombre como un ser inferior a él, según esta lógica, no puede alterar este equilibrio porque carece de las herramientas para sobreponerse ante su propia existencia.

Sin embargo, el hecho de que la mujer haya y continúe siendo objetivizada hoy en día, propone pensar si realmente el control de ese equilibrio está más bien del lado femenino de la balanza . Si el hombre pierde el control del poder que ejerce sobre la mujer, ésta podría reconocer en ella las mismas capacidades a nivel intelectual e incluso una superioridad anatómica por la posibilidad de engendrar vida y al tiempo ser capaz de quitarla. De la misma forma en que la mitología comprende a la sirena, a la ondina, o a la ninfa, la mujer tiene en ella el poder de derrotar así sea de forma parcial el *Super-yo* del hombre y lograr que ceda ante su sensualidad de manera que casi de forma mágica, sea él

quien a pesar de su temor inconsciente por la castración, se doblegue ante la posibilidad de que su represión del Edipo no sea tan clara y actúe su deseo sexual sobre su enunciada superioridad.

Según la interpretación que la autora hace respecto de lo planteado por el psicoanálisis freudiano, encuentra que en este es claro que debido a que para el niño el proceso que se lleva a cabo en el complejo de Edipo, el *Super-yo* está más definido a causa del temor a la castración. Lo cual querría decir que, si bien la claridad en el desarrollo de este proceso pertenece al sexo masculino, para la mujer al no tener anatómicamente “con qué”, no experimenta el Edipo de la misma forma y por lo tanto el *Super-yo* es mucho más frágil, (de Beauvoir, 1948) lo cual la haría más proclive a dejarse llevar de sus impulsos libidinales y tener una sexualidad mucho más erotizable.

El súper-yo nunca llega a ser en ella tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como exigimos que lo sea en el hombre. Ciertos rasgos caracterológicos que los críticos de todos los tiempos han echado en cara a la mujer -que tiene menor sentido de la justicia que el hombre, que es más reacia a someterse a la grandes necesidades de la vida, que es más propensa a dejarse guiar en sus juicios por los sentimientos de afecto y hostilidad-, todos ellos podrían ser fácilmente explicados por la distinta formación del súper-yo que acabamos de inferir (Freud, 1925, p. 491)

Respecto a lo anterior, Freud decía que la líbido es la energía sexual en cualquier organismo, sin embargo, aclaró que tiene las mismas características para ambos sexos, sin

pensar en la posibilidad de que para la mujer, resultara distinta y solamente durante la pubertad se evidenciaran claridades respecto a las particularidades libidinales de cada sexo.

Las fases más tempranas de la evolución de la libido parecen ser comunes a ambos sexos. Habría podido esperarse que la niña mostrara ya en la fase sádico-anal un retraimiento de la agresión, pero no es así. El análisis de los juegos infantiles ha mostrado a nuestras colegas analíticas que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en cuanto a riqueza y violencia (Freud, 1932, p.943)

Respecto a esto, Simone de Beauvoir dice que:

Freud admite que la sexualidad de la mujer está tan evolucionada como la del hombre; pero apenas la estudia en sí misma. Al considerar la libido como de esencia masculina Freud rehúsa citar en su originalidad la libido femenina por consiguiente, se le aparecerá necesariamente como una desviación de la libido humana en general (De Beauvoir, 1948, p. 44).

De esta forma, la mujer forja en su psiquismo la misma capacidad y poder agresivo que tiene el hombre, incluso podría decirse que puede ser mayor al no contar ella con una estructura *super-yoica* clara en su desarrollo. Según lo que nos muestra Freud en su conferencia sobre “la feminidad” en 1932:

En la niña sucede casi lo contrario. El complejo de castración prepara el complejo de Edipo en lugar de destruirlo; la influencia de la envidia del pene aparta a la niña a la vinculación madre y la hace entrar en la situación del complejo de Edipo como un puerto de salvación (...) La niña permanece en él casi indefinidamente, y solo más tarde e incompletamente lo supera. En estas circunstancias, la formación del Super-

yo tiene que padecer; no puede alcanzar la robustez y la independencia que le confieren su valor cultural (Freud, 1932, p. 940).

El peligro real que representa la mujer para el hombre, resulta cuando ésta logra que pese a sus evidentes diferencias anatómicas con el sexo masculino, se sobrepone a la subordinación de éste y penetra de forma intelectual, activa en la cultura y en la sociedad, equiparándose al hombre tanto en intelecto, como en la vida laboral, la capacidad para decidir o para ejercer poder sobre algunos hombres, incluso de sus propios maridos.

Simone de Beauvoir dice al respecto de esto que:

Merced a esta cultura y al prestigio que les confiere, las mujeres logran inmiscuirse en el universo masculino; del terreno de la literatura, de la casuística amorosa, muchas mujeres ambiciosas se deslizan al de las intrigas políticas. (...) La burguesía, clase en ascenso y cuya existencia se consolida, impone a la esposa una moral rigurosa. Pero, a modo de desquite, la descomposición de la nobleza permite a las mujeres de mundo las más grandes licencias, y hasta la alta burguesía resulta contaminada por tales ejemplos; ni los conventos ni el hogar conyugal logran contener a la mujer. Una vez más, para la mayoría, esa libertad sigue siendo negativa y abstracta: se limitan a buscar el placer. Pero las que son inteligentes y ambiciosas se crean posibilidades de acción (de Beauvoir, 1948, p. 92-93).

En contraste y absoluta oposición a lo anteriormente planteado, Freud había indicado que:

Invariablemente, la niña comienza por considerar la castración como un infortunio personal; solo paulatinamente comprende que afecta a ciertos otros niños y, por fin,

a determinados adultos. Una vez admitida la universalidad de esta característica negativa de su sexo, desvalorízase profundamente toda la feminidad y con ella también la madre (Freud 1931, p. 525).

La relación que existe entre el temor producido por el surgimiento de la mujer como un ser independiente del hombre, con las mismas capacidades que él a nivel intelectual y la lucha contra la opresión del sexo masculino supone explícitamente la angustia de castración de forma evidente. En la medida en que la mujer logra pensarse por fuera y extraerse de las limitaciones que la sociedad y la cultura le han instituido desde su herencia femenina, estará castrando al hombre con su acción real al hacerse y reconocerse como un ser distinto de él pero con las mismas facultades. En la medida en que la mujer se reconozca más como en la visión de la mitología donde es dueña de su seducción y sus placeres, coloca al hombre en una situación pasiva y ella se comprendería a sí misma en una situación activa, intercambiando acciones con el hombre.

La mujer entendida como la muerte es la mujer con la capacidad de castrar al hombre respecto a su acción intelectual, su posibilidad maternal, su reconocimiento en tanto existencia independiente del sexo masculino, la que logra explorar su feminidad con la certeza de que la castración en ella simplemente no es posible. Al asumirse extraña a las responsabilidades que se le han adjudicado al hombre porque “ella no podría”, superando las limitaciones históricas, la mujer resulta ser castradora, aterrorizando al hombre con la posibilidad de ser ella quien es capaz ahora de sobreponerse a la opresión en la que la ha mantenido durante toda la historia. La mujer entonces, es una amenaza para el hombre y por lo tanto, tiene una relación con la idea de muerte.

Capítulo 2: La Mujer como “lo Otro”

Porque si hay otros Otro que no sean la mujer, ésta no deja nunca por ello de ser definida como lo Otro. Y su ambigüedad es la misma de la idea de lo Otro: es la de condición humana en tanto se define en su relación con lo Otro. Ya se ha dicho que lo Otro es el Mal; pero necesario para el Bien, retorna al bien (de Beauvoir, 1948, p. 143).

La primera parte del “El segundo Sexo”, libro base para el desarrollo de este escrito se construyó desde la perspectiva masculina sobre la mujer y la segunda parte, evidentemente tiene una mirada feminista sobre el concepto de mujer y la feminidad. Tal vez para la autora era importante demarcar estas dos visiones para generar una crítica más completa respecto a lo que se ha pensado hasta ahora acerca del papel de la mujer en la sociedad a través de los años.

Simone de Beauvoir, ilustra el lugar que ha ocupado lo femenino y por ende la mujer llamándolo lo Otro. Este concepto lo desarrolla a través de todo el texto explicando desde distintos puntos de vista la diferencia que se ha marcado en la historia respecto al hombre y a la mujer. En este Otro se reconoce la mujer, como un anexo del sexo masculino que no se debería nombrar propiamente como un sexo, sino como algo secundario, algo posterior que no tendrá cabida a que se reconozca con las mismas posibilidades sociales, culturales, religiosas e incluso intelectuales que el hombre. En esta medida, la mujer se ha visto en la necesidad de identificarse como Ser a partir de la misma existencia y reconocimiento del hombre sin quien, sería imposible pensarse.

Al aparecer como lo Otro, la mujer aparece al mismo tiempo como una plenitud de ser por oposición a esta existencia cuya nada experimenta el hombre en sí mismo; al plantearse como objeto a los ojos del sujeto, lo Otro, se plantea en sí y, por consiguiente, como ser (de Beauvoir, 1948, p. 141).

Con esto, se podría pensar que la autora explica cómo es que únicamente a través del reconocimiento que hace el hombre de la existencia de la mujer, es como ésta llega a comprenderse como “Ser”, como una totalidad en tanto a su existencia singular

La autora destaca que a través de la historia la lucha de la mujer por salir de la zona de opresión que le han impuesto distintas instituciones patriarcales, no ha tenido los frutos suficientes para lograr fundamentar una identidad propia. La mujer ha tenido que pasar por la obligación de contraer matrimonio o unirse de alguna forma a un hombre, (cualquiera), para lograr un reconocimiento en la sociedad a pesar de que haya podido incluso acceder a estudios que le permitan desarrollar su intelecto al igual que los hombres ya que, supuestamente, intentar lograrlo por si misma resultaría una tarea casi imposible de hacer: “Negarse a ser lo Otro, rehusar la complicidad con el hombre, sería para ellas renunciar a todas las ventajas que puede procurarles la alianza con la casta superior” (de Beauvoir, 1948, p. 23)

A pesar de que para la época actual se han logrado derrotar ciertos juicios y dictámenes sociales que ubicaban a la mujer en un estado de fuertes limitaciones e inferior a su sexo opuesto, aún en la realidad social e incluso en la práctica clínica se logran percibir las huellas que esta lucha ha impuesto inconscientemente en las distintas instancias que componen la vida de una persona.

Demos gracias a Dios por haber creado a la mujer”. “La Naturaleza es buena, puesto que ha dado la mujer a los hombres”. En estas frases y otras análogas, el hombre afirma una vez más, con ingenua arrogancia, que su presencia en el mundo es un hecho ineluctable y un derecho, mientras que el de la mujer es un mero accidente, aunque un accidente afortunado. Al aparecer como lo Otro, la mujer aparece al mismo tiempo como una plenitud de ser por oposición a esta existencia cuya nada experimenta el hombre en sí mismo; al plantearse como objeto a los ojos del sujeto, lo Otro se plantea como en sí y, por consiguiente, como ser (de Beauvoir, 1948, p. 141).

Así mismo, la mujer entonces no logra tener fundamento sin la presencia del hombre en su vida, como esencia para reconocerse existente y al mismo tiempo “El hombre busca en la mujer lo Otro en tanto que Naturaleza y como su semejante” (de Beauvoir, 1948), sin posibilidad de una mirada que la reconozca singularmente.

Una vez esclarecido el planteamiento anterior, se puede pensar ahora en el papel del psicoanálisis freudiano en el desarrollo del concepto de feminidad a partir de lo expuesto. Para Freud es claro que antes de 1920, la mujer y su desarrollo psicosexual, no ocupó suficiente preocupación para elaborar una investigación que partiera de la diferenciación entre hombres y mujeres. El concepto de feminidad y lo concerniente a lo femenino apareció explícitamente en su obra a partir de 1931 cuando escribe un acercamiento un poco más específico de la mujer y su desarrollo. Sin embargo, previo a este análisis, la elaboración del concepto sobre el complejo de Edipo ha marcado para el feminismo una negación directa de la mujer en la teoría psicoanalítica durante la historia.

Basado en el desarrollo del hombre, Freud limita el proceso de la mujer a las mismas características de su sexo opuesto. De Beauvoir explica:

“En primer lugar, Freud ha descrito de manera completamente simétrica la historia de la niña; a continuación, ha dado a la forma femenina del complejo infantil el nombre de complejo de Electra; pero está claro que lo ha definido menos en sí mismo que a partir de una figura masculina; admite, no obstante, entre los dos una diferencia muy importante: la niña efectúa primero una fijación maternal, mientras que el niño no se siente en ningún momento atraído sexualmente por el padre; esta fijación es una supervivencia de la fase oral, la criatura se identifica entonces con el padre; pero a la edad de cinco años, la niña descubre la diferencia anatómica de los sexos y reacciona ante la ausencia de pene con un complejo de castración: se imagina que ha sido mutilada y sufre por ello; debe entonces renunciar a sus pretensiones viriles, se identifica con la madre y trata de seducir al padre”. (de Beauvoir, 1948, p. 45)¹

En el mismo orden de ideas, la autora explica que el Complejo de Castración se convierte para la niña en un constante sentimiento de frustración, de inferioridad frente al hombre respecto a su “falta”, o que la ubicaría en el lugar de lo Otro, diferente al niño en tanto está castrada y debe asumirse carente del elemento que le permitiría luchar contra su padre por el amor de la madre. Así mismo, los sentimientos agresivos que en este caso son

¹ Cabe aclarar que el concepto del Complejo de Electra no es un postulado freudiano y en este sentido se evidencia un error en la crítica de la autora.

casi exclusivos del niño, se hacen evidentes hacia el padre, en la niña se vuelcan hacia la madre durante estos primeros años porque “no la dotó de pene”.

Con la transferencia del deseo niño-pene al padre, entra la niña en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad contra la madre, preexistente ya, se intensifica ahora, pues la madre pasa a ser la rival que recibe del padre todo lo que la niña anhela de él (Freud, 1932, p. 940).

Al tiempo que se desarrolla el complejo de castración, Freud asegura que en la niña también se genera un complejo de masculinidad a través de la cual se niega a admitir su falta respecto a su sexo opuesto a lo cual Simone de Beauvoir dice:

Al igual que su evolución genital, se ve que el conjunto del drama sexual es más complejo para la niña que para sus hermanos: ella puede sentir la tentación de reaccionar ante el complejo de castración, rechazando su feminidad, obstinándose a codiciar un pene e identificándose con el padre, esa actitud la llevará a permanecer en el estado clitoridiano, a volverse frígida o a orientarse hacia la homosexualidad”.
(de Beauvoir, 1948, p.46)

La autora resalta lo anterior como un rechazo a la idea de un desarrollo propio de la niña y asegura que no expone una noción lo suficientemente estructurada para dar una idea robusta del proceso del desarrollo psicosexual en la niña ya que además, contrario a lo que indica Freud, quien supone que la mujer se siente como un hombre mutilado, una gran parte de las niñas descubren más tarde en su desarrollo la constitución anatómica masculina, lo cual durante su infancia, ignora por completo su “falta”, mientras que en el niño, la experiencia real de poseer un pene le procura sentimientos de angustia más

específico de perder algo que es propiamente suyo. Proceso que claramente, no ocurre en la niña al no poder desear algo que no ha tenido nunca y hasta ahora, descubre visualmente.

Al respecto de la “falta” en que ubica Freud a la mujer cuando ésta se da cuenta de su ausencia de pene, explica tres caminos que puede tomar la feminidad en referencia a la apropiación del Complejo de Castración:

El descubrimiento de su castración constituye un punto crucial en la evolución de la niña. Parten de él tres caminos de la evolución: uno conduce a la inhibición sexual o a la neurosis; otro, a la transformación del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y el otro, al fin, a la feminidad normal (Freud, 1932, p.938).

Estos caminos, son las tres formas a partir de las cuales Freud logra comprender el desarrollo femenino de la sexualidad. El primero relacionado con la inhibición sexual o la neurosis: se explica a través de la renuncia de la mujer a sus impulsos sexuales cuando se compara con el niño que sí está dotado de pene, renuncia a la masturbación clitoridiana y rechaza su amor a la madre. El segundo relacionado con el complejo de masculinidad se refiere a una negación frente a su falta, mantiene su excitación clitoridiana y se identifica con la madre fálica o con el padre, desembocando en una posible elección de objeto homosexual. El último de los caminos, es el camino de la “normalidad”, que sería el resultado esperado del Complejo de Edipo cuando el objeto de amor resulta ser el padre. (Freud, 1931)

Lo anterior lleva a pensar que la normalidad femenina para Freud está determinada de acuerdo al Complejo de Edipo, por la sumisión de la mujer frente al hombre y por lo cual sería casi imposible elaborar un camino que le prometiera a la mujer la redención de su

sexo. Esta misma forma de pensamiento, es la que ha demarcado históricamente la posición de la mujer como “lo Otro”, incluso para Freud cuando dice respecto al Complejo de Edipo en el hombre que: “En el hombre también subsiste, como residuo de la influencia ejercida por el Complejo de Castración, cierta medida de menosprecio por la mujer, a la que considera castrada” (Freud, 1931). Esta aseveración permite confirmar que para el psicoanálisis de la época freudiana como para la sociedad de hoy en día la mujer se entiende como “lo Otro.

Con respecto a lo expuesto arriba, la autora explica que desde una mirada un poco más limitada a lo social:

En la mujer hay un conflicto, al principio, entre su existencia autónoma y su “ser-otro”; se le enseña que, para agradar, hay que tratar de agradar, hay que hacerse objeto, y, por consiguiente, tiene que renunciar a su autonomía. Se la trata como a una muñeca viviente y se le rehúsa la libertad, así se forma un círculo vicioso; porque, cuanto menos ejerza su libertad para comprender, captar y descubrir el mundo que la rodea, menos recursos hallará en sí misma, menos se atreverá a afirmarse como sujeto y si se animase a ello, podría manifestar la misma curiosidad, la misma audacia que un muchacho” (de Beauvoir, 1948, p. 220)

De esta forma se da a entender que si bien la mujer efectivamente cuenta con las capacidades intelectuales para rechazar la imposición de una subordinación masculina, tendrá que hacer prácticamente cambios a nivel social para sobreponerse a este estado perpetuo en su historia.

Otra de las diferencias que fijan a la mujer en la posición de Otro, es el paso a la sexualidad propiamente. Durante años previos a su desarrollo fisiológico, la niña aparentaba una postura masculina, sin una diferencia superficial al hombre. Sin embargo, para el momento de la pubertad se da un periodo clave para la construcción del psiquismo femenino debido a que es aquí cuando, según la teoría psicoanalítica, la mujer reconoce la existencia de su vagina, lo que la ubicaría en otro lugar psíquicamente y surgirían los primeros indicios de su feminidad. (Freud, 1931). Respecto a esto, Simone de Beauvoir indica que:

En cierto sentido, la iniciación sexual de la mujer, como la del hombre, empieza desde la más tierna infancia. Hay un aprendizaje teórico y práctico que se prosigue de manera continua desde las fases oral, anal y genital hasta la edad adulta. Pero las experiencias eróticas de la joven no son una simple prolongación de sus actividades sexuales anteriores; a menudo tienen un carácter imprevisto y brutal; y siempre constituyen un acontecimiento nuevo que crea una ruptura con el pasado (de Beauvoir, 1948, p. 312).

Este proceso en la mujer supone la transición activa de la zona erógena infantil (clítoris) a la zona erógena más “adulta” (vagina) a través de la cual y desde la teoría psicoanalítica, la mujer adquiere conciencia propia de su anatomía y se puede pensar así como distinta al hombre. Sin embargo para Freud, quien indica que la renuncia de la zona erógena es una actividad pasiva propia de la mujer, lo resalta como parte de un proceso muy importante en el desarrollo femenino:

Ante todo, es innegable que la disposición bisexual, postulada por nosotros como característica de la especie humana, es mucho más patente en la mujer que en el hombre. Este cuenta con una sola zona sexual dominante, con un solo órgano sexual, mientras que la mujer tiene dos: vagina, órgano femenino propiamente dicho, y el clítoris, órgano análogo del pene masculino (Freud, 1931, p. 520).

Esta migración implica la renuncia en algunos casos de la sensibilidad del clítoris para dar paso a una mujer “normal” sexualmente (con su sexualidad centrada en la vagina) con posibilidades mucho más reales de convertirse en madre y por lo tanto de sentirse completa, de lo contrario, y desde la mirada del psicoanálisis freudiano, no es posible la apropiación última de todas las posibles zonas erógenas para la mujer, por lo tanto la idea de feminidad quedaría borrosa.

El hecho de que el cuerpo y la totalidad de la feminidad ha permanecido históricamente reducida a la idea de la “completud” romantizada en que la mujer es la una parte del hombre y que sin él, ella jamás encontrará la razón de su existencia, la autora lo explica como:

El hombre que constituye a la mujer en Otro, hallará siempre en ella profundas complicidades. Así, pues, la mujer no se reivindica como sujeto porque carece de los medios concretos para ello, porque experimenta el lazo necesario que la une al hombre sin plantearse reciprocidad alguna, y porque a menudo se complace en su papel de Otro (de Beauvoir, 1948, p. 23).

Es posible pensar entonces que para el desarrollo psicosexual de la mujer, desde la mirada del psicoanálisis, no hay una manera “normal” para entenderse como análoga al

hombre; no cabe posibilidad de ubicarse en un lugar privilegiado respecto a éste sin que se la señale como una mujer con un complejo de masculinidad o “mujer fálica” y sobre esto y lo elaborado en el desarrollo de este capítulo, Simone de Beauvoir concluye que:

Privada de ese alter ego, la niña no se aliena en una cosa aprehensible, no se recupera: de ese modo, es llevada a convertirse enteramente en objeto, a plantearse como lo Otro; la cuestión de saber si se compara o no con los chicos resulta secundaria; lo importante es que, incluso sin saberlo, la ausencia de pene le impide hacerse presente a sí misma en tanto que sexo; de ello resultarán muchas consecuencias. Pero estas constantes que señalamos no definen, sin embargo un destino: el falo adquiere tanto valor porque simboliza una soberanía que se realiza en otros dominios. Si la mujer lograra afirmarse como sujeto, inventaría equivalentes del falo (de Beauvoir, 1948, p. 52).

Capítulo 3: La Mujer como Madre

“Si a María se le niega su carácter de esposa, es para exaltar en ella más puramente a la mujer-madre” de Beauvoir, (1948)

Simone de Beauvoir, dedica un capítulo completo al análisis de la comprensión de la mujer como “la madre”. Recorre la noción de maternidad desde un punto de vista sociológico, psicológico e incluso logra elaborarlo desde una posición feminista.

Por medio de un análisis profundo sobre la maternidad, la autora indica que históricamente se ha comprendido esta función como un destino y por tanto una obligación que tiene que cumplir la mujer en pro de su desarrollo personal y como ser. “La maternidad es como la mujer cumple íntegramente su destino fisiológico; ésa es su vocación natural” (de Beauvoir, 1949, p. 464) A partir de lo anterior es fácil hacerse una idea de cómo la especie humana ha ido adquiriendo funciones que le “corresponden” a cada uno de los sexos para encajar en una determinada sociedad a pesar de su propia autonomía. La anterior cita, la expone la autora como una crítica a una estructura que le impone “al Otro sexo”, que la única manera para poder reconocerse como mujer es a través del ejercicio práctico de la maternidad.

Desde que los niños y niñas nacen, están condicionados a llevar auestas en sus vidas un género determinado, masculino o femenino, si nace un niño, deberá socialmente cumplir con ciertas condiciones anatómicas, fisiológicas, culturales e incluso psicológicas impuestas por el contexto particular donde vaya a crecer. Si por el contrario, la mujer da a luz una niña, las condiciones serán radicalmente diferentes sin contar con especificidades de desarrollo de cada una. El propósito de la maternidad se inculca desde la infancia más

primaria en las niñas, en los niños la paternidad es un tema que pasa a un segundo plano y no aporta mayor identificación psíquica a quien decida serlo o no. A la niña se la prepara para cumplir con esta función durante su infancia por medio de juegos, por medio de la apropiación de contextos donde la maternidad esta des-objetivizada y se considera un hecho concreto y determinante para la identificación respecto a la feminidad y a “ser” mujer.

Las formas en que la niña se acerca a su destino maternal serán siempre provenientes de relaciones directas con otras mujeres y como una acción consciente la niña aprende a “cuidar” a sus muñecas, y más adelante a niños más pequeños cercanos a su propio contexto, se le enseñará cómo cocinar, cómo sostener un hogar “normal”, como si todo estuviera incluido en la misma función maternal. Esta imposición cultural y social termina de suprimir a la mujer dentro de parámetros de los cuales, salir sería visto por el sujeto externo, observador y juzgador de la propia vida de la mujer como “anormal”.

Respecto a lo expuesto, Simone de Beauvoir explica que en principio la maternidad no es una norma para todas las mujeres y que determinarlo de esa forma conlleva a un ejercicio forzado que además, como se conoce hoy en día, repercute en desbalances graves respecto a la salud mental en la mujer. Si bien la sociedad es la encargada de sancionar moralmente a la persona que decida no convertirse en madre, o interrumpir su embarazo, es también la encargada de abandonar todo tipo de soporte social, económico e incluso psicológico a quien lleve su embarazo a término.

La maternidad forzada termina por arrojar al mundo hijos enclenques, a quienes sus padres serán incapaces de alimentar y que se convertirán en víctimas de la Asistencia pública o en “niños mártires”. Preciso es advertir, por otra parte, que la

sociedad, encarnizada defensora de los derechos del embrión, se desinteresa de los niños tan pronto han nacido; se persigue a las mujeres que abortan, en lugar de aplicarse a reformar esa vergonzosa institución llamada Asistencia Pública (de Beauvoir, 1949, p. 465).

Las mujeres que por el contrario no desean por distintos motivos, sostener el ideal maternal impuesto por su historia y el contexto en el que se encuentren, deben recurrir a practicarse abortos que en muy pocas ocasiones, resultan bien. Tendrían que recurrir a sus amigas o incluso ella misma tendría que realizar la operación en completo secreto, estas otras mujeres, de Beauvoir las llama “hacedoras de ángeles”. Sin embargo el castigo por el aborto no siempre resulta del bagaje cultural o social de la mujer que lo realice, muchas veces sucede que la mujer cargará con la culpa por no querer realizar su vida como madre, o por su solidez económica o por su edad, en fin, percibe como ambigua su decisión.

Esta intervención que ella reclama, a menudo la rechaza desde el fondo de su corazón. Se encuentra dividida en el interior de sí misma. Puede que su deseo espontáneo sea el de conservar ese niño a quien impide nacer; incluso si no desea positivamente la maternidad, percibe con desazón lo ambiguo del acto que realiza”. Porque, si bien es cierto que el aborto no es un asesinato, tampoco podría asimilárselo a una simple práctica anticonceptiva; ha tenido lugar un acontecimiento que es un comienzo absoluto y cuyo desarrollo se detiene (de Beauvoir, 1948, p. 472).

Independientemente de la condición social, económica e incluso histórica en que se encuentre la mujer, solo ella debería ser quien idealmente decidiera sobre su vida y su

propio reconocimiento como mujer y también lo es la decisión acerca de convertirse o no en madre ya sea porque tuvo que asumirlo, o decidió abortar o simplemente que la maternidad no haga parte de su proyecto de vida y no corresponda a la afirmación de su existencia femenina y su “ser” mujer. Sin embargo, la realidad, como la muestra Simone de Beauvoir es distinta: “Aun consintiendo en el aborto, deseándolo, la mujer lo siente como un sacrificio de su feminidad: preciso es que, definitivamente, vea en su sexo una maldición, una especie de enfermedad, un peligro” (de Beauvoir, 1948)

En el caso de que ella decidiera convertirse en madre, entran varios componentes en esta función que fundamentan el vínculo con su hijo o hija y se resalta que:

El embarazo y la maternidad serán vividos de manera muy diferente, según se desarrollen en la rebeldía, la resignación, la satisfacción o el entusiasmo. Hay que tener muy en cuenta que las decisiones y los sentimientos confesados de la joven madre no siempre corresponden a sus deseos más profundos (de Beauvoir, 1948, p .474).

De la mano con lo anterior es importante señalar la relevancia que implica las relaciones que tiene la mujer-madre con la suya propia, con su pareja y consigo misma.

La aceptación o el rechazo de la concepción están influidos por los mismos factores que el embarazo en general. En el curso de éste se reavivan los sueños infantiles del sujeto y sus angustias de adolescente, y se lo vive de manera muy diferente, según las relaciones que la mujer sostenga con su madre, con su marido y consigo misma (de Beauvoir, 1948, p. 476)

La relación con la pareja y al mismo tiempo el apoyo de una red que logre estar presente durante todo el proceso de maternidad resulta determinante, según la autora, respecto a la manera en que se va a construir el vínculo madre-bebé.

Lo significativo es que normalmente la mujer necesita ayuda para cumplir la función a que la destina la Naturaleza; hay campesinas de rudas costumbres y madres solteras avergonzadas que dan a luz solas: pero su soledad entraña a menudo la muerte del niño o enfermedades incurables en la madre (de Beauvoir, 1948, p. 489).

Sin embargo, la autora remarca con mayor importancia que la relación de la mujer anteriormente vivida con su madre, repercute de manera directa en su nueva vida, siendo que ésta dicta parámetros claros acerca de su función materna e incluso de ejercicios de reparación respecto a su propia vida, que son proyectados a su hijo o hija y van a marcar de manera absoluta todos los tránsitos que deba recorrer.

Todo tránsito es angustioso: el parto se presenta como singularmente pavoroso. Cuando la mujer se acerca al momento decisivo, se reavivan todos sus terrores infantiles, si, como consecuencia de un sentimiento de culpabilidad, se cree maldita por su madre, se persuade de que va a morir o que morirá el niño (de Beauvoir, 1948, p. 489).

Esta misma sensación de miedo puede apoyarla o no su pareja, en caso de que sí la acompañe, si bien es posible que la relación que tenga con el padre de su hijo o hija sea en su mayoría tranquila, muchas veces y aún más en la realidad hoy en día, los vínculos con las parejas pueden resultar afectando más a la mujer en su proceso de maternidad y se

evidencia el rechazo en su relación con el bebé. “Pero se sabe que alardea de tanto amor por su marido precisamente porque no lo ama; y esa antipatía recae sobre el hijo concebido en medio de abrazos que le repugnan” (de Beauvoir, 1948, p. 495)

La forma en que se desarrolle la relación de la madre con los contextos presentados anteriormente nombrados, inevitablemente, impactarán y moldearán de distintas maneras los sentimientos del bebé. La hostilidad que de alguna manera pueda percibir el bebé respecto a los cuidados que le brindan los adultos, definirá también las formas que va a aprender para relacionarse con su mundo. Simone de Beauvoir, subraya que:

Otros muchos factores intervienen. Las relaciones de la mujer con su madre conservan toda su importancia (...) Las relaciones con el padre del niño, los sentimientos que éste experimente, ejercen también una gran influencia. Todo un conjunto de razones económicas y sentimentales define al niño como un fardo, una cadena o una liberación, una joya, una seguridad. Hay casos en los cuales la hostilidad se convierte en un odio declarado, que se traduce en una extrema negligencia o en malos tratos (de Beauvoir, 1948, p. 493-494).

Comprendiendo que las primeras relaciones de cualquier persona se basan en los vínculos que ésta tenga con su madre y demás cuidadoras, la vida y el desarrollo del bebé están basados en las maneras en que estas mujeres, contienen y satisfacen las necesidades fundamentales del bebé. De acuerdo a esto, Freud indica que:

“También para la niña tiene que ser la madre y las figuras de la nodriza o la niñera, fundidas con la materna, el primer objeto. Las primeras cargas de objeto se desarrollan, en efecto, sobre las grandes y simples necesidades vitales, y los

cuidados prodigados al sujeto infantil son los mismos para ambos sexos". (Freud, 1932, p. 934)

Por lo tanto el papel de la hostilidad de la madre, será uno de los elementos que fundará de alguna forma la estructura psíquica del bebé. Esta hostilidad, muchas veces puede transformarse en otro tipo de acciones que parecieran desplazar el sentimiento primario de agresividad y se devuelve en masoquismo de acuerdo a lo planteado por Freud, concluyendo que las portadoras de mayores sentimientos masoquistas son las mujeres. Al respecto la autora aclara lo siguiente:

Otra actitud bastante frecuente, y que no es menos nefasta para el niño, es la devoción masoquista; algunas madres, para compensar el vacío de su corazón y castigarse por una hostilidad que no quieren confesarse, se hacen esclavas del progenero; cultivan indefinidamente una ansiedad morbosa, no soportan que el hijo se aleje de ellas; renuncian a todo placer, a toda vida personal, lo cual permite adoptar una actitud de víctimas. (...) Sus escenas de resignación engendran en el niño sentimientos de culpabilidad que, a menudo, pesarán sobre él durante toda la vida: esas escenas son aún más nocivas que las escenas agresivas (de Beauvoir, 1948, p. 501).

Sin embargo, Freud aclara que:

El sojuzgamiento de su agresión, constitucionalmente prescrito y socialmente impuesto a la mujer, favorece el desarrollo de intensos impulsos masoquistas, los cuales logran vincular eróticamente las tendencias destructoras orientadas hacia el

interior, el masoquismo es, pues, así, auténticamente femenino (Freud, 1932, p. 933).

Esta hostilidad convertida en masoquismo, se experimentó ante su propia madre durante la infancia como deseos con tintes agresivos que, en palabras de Freud, si logran surgir a la consciencia, develarían los deseos de muerte hacia su madre.

Los deseos agresivos orales y sádicos se manifiestan en la forma que les fue impuesta por la represión precoz, es decir en el temor de ser muerta por la madre, un temor que si ingresa en la consciencia, justifica a su vez los propios deseos de muerte contra la madre (Freud, 1931, p. 528).

Por otra parte, el psicoanálisis freudiano también aclara que la única forma que tiene la mujer para realizarse, comprenderse y reconocerse como mujer en su pleno ejercicio de la feminidad, es cuando esta logra dar a luz, un hijo varón, quien representará inconscientemente para ella la posesión del pene del cual no fue dotada por su madre en su nacimiento.

La situación femenina se constituye luego, cuando el deseo de tener un pene es relevado por el de tener un niño, sustituyéndose así el niño al pene, conforme a la antigua equivalencia simbólica. (...) La felicidad es grande cuando el deseo infantil de tener un hijo encuentra más tarde su satisfacción real, sobre todo cuando el hijo es un niño que trae consigo el anhelado pene (Freud, 1932, p. 939).

Pero, en contra de esta postura absolutamente machista de la mirada psicoanalítica, Simone de Beauvoir detalla lo siguiente:

Se ha dicho y repetido que la mujer encuentra felizmente en el niño un equivalente del pene: eso es rotundamente inexacto. De hecho, el hombre adulto ha dejado de ver en su pene un juguete maravilloso: el valor que conserva su órgano es el de los objetos deseables cuya posesión se asegura; de igual modo, la mujer adulta envidia al varón la presa que se anexiona, no el instrumento de esa anexión; el niño satisface ese erotismo agresivo al que no colma el abrazo masculino; es el homólogo de esa amante que ella entrega al varón y que éste no es para ella; bien entendido, no existe equivalente exacto: toda relación es original; pero la madre encuentra en el niño – como el amante en la amada- una plenitud carnal, y esto, no en la redención, sino en la dominación; ella capta en él lo que el hombre busca en la mujer: otro, naturaleza y conciencia a la vez, que sea su presa, su doble. Él encarna toda la naturaleza (de Beauvoir, 1948, p. 497).

En esta cita, la autora indica que no es la falta de pene durante su infancia, ni la envidia de pene, lo que realmente demostraría una carencia en ella, en todo caso, sería un homólogo de la presencia de “algo” mediante lo cual ella pueda conceder la misma importancia que le da el niño varón a su pene: un hijo, independientemente de su sexo. De esta manera la mujer logra sentir por sí misma, la superioridad de la cual gozan los hombres.

El placer que el hombre saborea con las mujeres, el de sentirse absolutamente superior, solamente lo experimenta la mujer con sus hijos, y, sobretodo, con sus hijas; se siente frustrada si tiene que renunciar a sus privilegios, a su autoridad (de Beauvoir, 1948, p. 505).

Sin embargo, de acuerdo a lo que plantea la autora, para algunas mujeres resulta significativo el hecho de dar a luz a un varón, en tanto sería la forma que tiene para asegurarse de que su primogénito goce de satisfacciones propias que la sociedad imprime en el sexo masculino.

La situación es diferente según que el niño sea varón o hembra, y, aunque generalmente el primero sea más “difícil”, la madre se acomoda mejor a él generalmente. A causa del prestigio con que la mujer reviste a los hombres, y también de los privilegios que éstos tienen concretamente, muchas mujeres desean hijos varones (de Beauvoir, 1948, p. 502).

Entonces, es en la relación madre-hijo varón, donde se hacen más explícitos los deseos de la madre respecto a la apropiación del concepto de la masculinidad y en la cual podrá resarcir la opresión a la cual ha estado sometida su feminidad durante toda su vida.

Freud considera que la relación de la madre con el hijo es la relación donde menos ambivalencia se encuentra; pero, de hecho, en la maternidad, al igual que en el matrimonio y el amor, la mujer mantiene una actitud equívoca con respecto a la trascendencia masculina; si su vida conyugal o amorosa la ha vuelto hostil a los hombres, para ella será una satisfacción dominar al varón reducido a su figura infantil (de Beauvoir, 1948, p. 503).

En oposición a la relación que puede tener la madre con su hijo varón, la forma en que se vincula con su hija mujer, aparentemente está teñida de ansiedades propias de la feminidad, tan diversas que, según la autora reposan en la relación que la madre tenga consigo misma:

La niña se ve más completamente entregada a su madre; las pretensiones de ésta se acrecientan. Las relaciones entre ambas revisten un carácter mucho más dramático. En una niña, la madre no saluda a un miembro de la casta elegida; busca en ella a su doble. Proyecta en la niña toda la ambigüedad de su relación propia, y, cuando se afirma la disimilitud de ese alter ego, se siente traicionada (de Beauvoir, 1948, p. 503).

De la misma forma, más adelante en el texto, de Beauvoir reafirma lo dicho, exponiendo que:

Algunas mujeres sienten su feminidad como una maldición absoluta: desean o acogen a una hija con el amargo placer de reencontrarse en otra víctima, y, al mismo tiempo, se juzgan culpables de haberla traído al mundo; sus remordimientos, la piedad que experimentan de sí mismas a través de su hija, se traducen en infinitas ansiedades (de Beauvoir, 1948, p. 504).

Freud, señala que estas ansiedades son el reflejo de necesidades que durante la infancia no fueron satisfechas por la madre hacia la niña y que ahora, en su adultez, emergen para determinar también la relación con su propia hija. La mujer le reprocha a su madre, el haberla hecho mujer, carente siempre.

Como quiera que sea, al final de esa primera fase de vinculación a la madre emerge, como motivo más poderoso para apartarse de ella, el reproche de no haberle dado a la niña un órgano genital completo; es decir, el de haberla traído al mundo como mujer. Un segundo reproche, que no arranca tan atrás en el tiempo, resulta un tanto

sorprendente: es el de que la madre no le ha dado a la niña suficiente leche, el de que no lo amamantó bastante (Freud, 1931, p. 525).

Todo lo anterior, supone la realización de la mujer a través de la maternidad, como lo que resulta análogo al pene del hombre. El hombre desde el Edipo y su posterior ansiedad de Castración, cuida y protege su pene y esto logra reafirmarlo como hombre y conservador de su masculinidad. Según el psicoanálisis freudiano, la mujer logra ser consciente de ella misma y de su feminidad en el momento en que da a luz, porque “posee” y es dueña de algo que el hombre no tiene. De esta forma, la soberanía del falo perteneciente al hombre en cuanto símbolo masculino, queda desplazada hacia su propio hijo o hija, en la mujer madre. Al respecto de esto, Simone de Beauvoir, señala que:

Helen Deutsch, estudia los fenómenos de la maternidad a través de su experiencia de psiquiatra. Sitúa en muy elevado lugar esta función; estima que la mujer se realiza totalmente en virtud de ella: pero a condición de que sea *libremente* asumida y *sinceramente* querida; es preciso que la joven se halle en una situación psicológica, moral y material que le permita soportar su carga; de lo contrario, las consecuencias serán desastrosas (de Beauvoir, 1948, p. 508).

En conclusión en torno al concepto de feminidad elaborado por Freud en su artículo sobre la sexualidad femenina, y por ende para el psicoanálisis, la razón de ser mujer se basa en lo siguiente:

Si echamos una mirada retrospectiva a las fases del desarrollo sexual femenino que hemos descrito, se nos impone determinada conclusión acerca de la feminidad en general: hemos comprobado la actuación de las mismas fuerzas libidinales que

operan en el niño del sexo masculino, y pudimos convencernos de que en uno como en el otro caso, siguen durante cierto período idénticos caminos y producen los mismos resultados (Freud, 1931, p. 530).

Este postulado, afirma lo que se ha mostrado durante el desarrollo de este texto, para el psicoanálisis freudiano, la mujer no es comprendida en cuanto a su desarrollo y por ende respecto a su existencia como un sujeto propio, sino que su psiquismo resulta análogo al del hombre, al menos durante los primeros años de vida de ambos sexos. Para Freud, resultaban aparentemente semejantes ambos procesos de desarrollo sin considerar que tal vez, el psiquismo de la mujer se estructurara de forma distinta. Simone de Beauvoir, critica esta postura que resulta de alguna forma simplista a la hora preguntarse realmente por el “ser” mujer y la feminidad, indicando que existen aspectos que el psicoanálisis no profundizó en principio para hacerse una idea de la completud de la mujer en sus primeros momentos de vida.

Discusión

¿Qué pasaría si, en términos de psicoanálisis freudiano, el hombre abandona el privilegio objetal, para abrir paso a una comprensión más elaborada de la mujer como objeto completo en sí mismo, si el discurso varonil comprende a la mujer como poseedora también de una psiquis igual de compleja y la ubica no en el lugar de la falta o la carencia sino en un lugar de posesión con una importancia primordial y ya no secundaria? Es claro que para Freud, representaba una gran dificultad darle una comprensión completa al desarrollo psicosexual de la mujer si habla desde su propio conocimiento. La intuición de Freud, le aporta al psicoanálisis la posibilidad de hablar del proceso diferenciado de la mujer en contraste con el del hombre en desarrollos posteriores. Sin embargo, para el objetivo de este escrito fue fundamental tomar en cuenta estos primeros aportes freudianos y contrastarlos con la mirada femenina y feminista de Simone de Beauvoir para darle una estructura fundamentada a la crítica que ella propone.

Las categorías extraídas en principio del libro del Segundo Sexo, pretendían mostrar como un espejo, tres conceptos de los que la autora hablaba y que al analizarlos a la luz de los acercamientos a una comprensión de lo femenino que realizó Freud, resonaban semejantes.

En primer lugar, la mujer como “La Muerte” se analizó desde una mirada sobre el concepto del Complejo de Castración propuesto por Freud. Lo que se destacó en ese capítulo es la importancia que cobra socialmente el Complejo de Castración en el inconsciente masculino. El hecho de considerar a la mujer un peligro para su esencia, lo ubica en una posición de constante temor por perder lo único que lo puede diferenciar de

ella y por lo tanto su lucha por mantenerse en un lugar dominante va a ser fundamental para demostrar socialmente su “superioridad”. Este temor representado culturalmente como temor a la muerte, a pecar, limita con el temor a permitir una subordinación por parte de la mujer, atentando contra su masculinidad e inconscientemente, contra su falo.

La mujer, comprendida desde el psicoanálisis y como se ha observado históricamente, está supuestamente desprovista de toda capacidad para identificarse como una igual al hombre y él, se vale de esto para dominar suficientes áreas de la vida femenina que la expongan a la opresión. Ambiguamente, es a la que debe temer en tanto cuenta con una experiencia hipotética de castigo que solo ella puede replicar. El exceso de poder, la agresividad y la violencia inclemente que muchas veces se ejerce sobre la mujer hoy en día, responden a una tradición sociocultural, económica y política, donde no hay lugar para ella, para reconocerla y reconocerse individualmente como semejante al hombre respecto a capacidades de distintas índoles.

Lo femenino y la mujer, son elementos que para el pensamiento masculino y en este sentido para el psicoanálisis freudiano, resultan extrañas a su comprensión, imposibles de racionalizar; un misterio que tal vez en los inicios del psicoanálisis era demasiado complicado para darle lugar en sus planteamientos desarrollados y por ende, es dejada de lado permitiéndose asumirla como un homólogo al hombre en cuanto estructura psíquica y en Naturaleza. Esto para Simone de Beauvoir e incluso para el trabajo del pensamiento feminista moderno, resulta absolutamente inviable y misógino: la incapacidad del hombre para concebir a la mujer por fuera de su misma esencia, algo que se puede intentar pensar, explicar y entender desde un reconocimiento de la propia existencia femenina.

Las figuras mitológicas femeninas de las que habla la autora en el texto, son mujeres que se reconocen en principio, con una relación directa con la naturaleza y con capacidades que exceden lo propiamente masculino. Lo desconocido entonces, se convierte en algo peligroso, de lo que el hombre “debe cuidarse”, mantenerse concreto y racional e impedir toda seducción propiciada por una mujer apropiada de su feminidad.

Históricamente, quienes reconocen su feminidad y las capacidades que ésta les otorga, son consideradas brujas o hechiceras y por ende, deben ser perseguidas para no alterar el orden, que al construirse las primeras civilizaciones, se estratificó. El hombre, sin duda alguna debiera ser quien gobierne su propia vida y la vida de sus mujeres. Sin cuestionarse el papel de la mujer como una posible aliada, sino como un sujeto enteramente externo, que debe cumplir con labores que no le permitan pensar y mucho menos darle voz a sus emociones. Estas labores, idealmente femeninas, solo las pueden hacer las mujeres porque no deben saber hacer más, porque si hacen o si saben más, se corre el riesgo de que sean conscientes de que pueden exceder las capacidades masculinas y de esta forma, desestabilizar el orden social.

Este terror de desbordamiento femenino se vive, a la luz del psicoanálisis freudiano como la angustia de Castración en el hombre, quien crece y se desarrolla junto a la fantasía de soberanía, incluso sobre su propia madre, es quien debe ser capaz de mantener su supuesta superioridad o de lo contrario, habría de ser considerado como igual a la mujer y esto sería imposible de pensar. Si el hombre y la sociedad explícitamente machista inundan a la mujer de prejuicios, calificativos e ideas concretamente mezquinas, garantizaría la solemnidad de su miembro viril sobre la carencia de la mujer y la ubica en un limitado espacio donde no podrá pensarse por fuera de él, imponiéndole la idealización de figuras

absolutamente irreales e inalcanzables como lo es en occidente y gracias a la imposición del cristianismo y la religión católica: la Virgen María, quien solo puede ser reconocida por su pureza e inocencia (a)sexual y porque cumplió la única condición que se le puede exigir a la mujer: convertirse en madre. Quien se niegue a la maternidad, no tendrá cabida en la comprensión y la lógica social.

La mujer: desobediente, rebelde, obstinada, poseedora de fuerzas similares a las de la madre naturaleza, dominante de un saber irracional para el hombre, podría castrarlo, quitarle lo que de alguna manera ella no tiene corporalmente, pero que sí tiene en cuanto a misterio y desconocimiento. Esto se expresa mediante la misoginia indolente, el miedo a reconocer algo más allá de lo ya establecido por el mismo hombre. La bruja, la sirena y/o la diosa son concretamente mujeres y por ende la expresión de lo femenino que atraviesa la estructura y castra a través de su poder de seducción, y de comprensión de la naturaleza.

Para Simone de Beauvoir esta posibilidad de la mujer respecto a reconocerse desde un lugar externo al dominio masculino, es clara. Para Freud y sus primeros desarrollos psicoanalíticos, por el contrario no. La corporalidad femenina y su complejidad, se ha enseñado como un tabú, como algo que debería permanecer oculto y en este sentido ligado a lo prohibido como sinónimo de que puede provocar la muerte. Muerte comprendida como la castración de todo poder que pueda ejercer el hombre irracional a la mujer.

La mujer, de acuerdo a lo propuesto por Freud, incurre en la posibilidad de realizarse como tal desde la bisexualidad como un estatuto inmanente a ella. A diferencia del hombre quien solo goza de una zona erógena que además es propensa a perder, la mujer tiene dos. Apropiarse de este concepto, socialmente es imposible y cristianamente

pecaminoso, no es posible pensar que la mujer pueda apropiarse de una sexualidad placentera distinta a la del hombre. Para Freud era claro que la niña durante su infancia desarrolla en el clítoris la posibilidad de una sexualidad similar a la masculina, el clítoris se homologa al pene del hombre. De nuevo, reduciendo la diferencia de la mujer, a la posibilidad de pensarla como un hombre durante su infancia. Luego de la entrada a la pubertad, la niña logra reconocer la existencia de su vagina como otra zona erógena y teóricamente, para el psicoanálisis debe migrar a esta, abandonar el clítoris y limitar su sexualidad a un placer netamente vaginal. En caso de que esto no ocurriera, Freud explica que la mujer no se ha desarrollado sexualmente dentro de los parámetros “normales”.

La mujer como lo Otro en el segundo capítulo, aparece relacionada con el Complejo de Edipo teniendo en cuenta la mirada excluyente que le dio Freud a la construcción de este. El Complejo de Edipo como un proceso exclusivo de los hombres, es homologado a la mujer sin considerarla como un ser con diferencias tanto anatómicas como psíquicas.

Es igualmente importante reconocer que Freud aclaró su limitación para elaborar y desarrollar una teoría que en sus inicios, abriera la discusión de lo que es propiamente femenino. Logró preguntarse y hablar sobre la mujer más adelante y cerca de su muerte por lo que para los inicios del psicoanálisis, no se propone una diferencia clara entre lo que es propiamente masculino y lo propiamente femenino. Es tal vez precisamente lo que ha apropiado también nuestra sociedad que considerar a la mujer de una forma “descendiente” del hombre y limitada a ser un sujeto aparte, lo Otro, lo que no es el hombre o del hombre.

Se reduce todo el pensamiento psicoanalítico e incluso sociológico a una posición y una estructura falocéntrica, donde a partir de lo que podemos reconocer que se desarrolla en

el hombre, fácilmente se aplica a la mujer quien queda entonces determinada como un apéndice del hombre, a quien no se le otorga suficiente valor y se le imprimen características de sumisión frente al hombre. Lo Otro relacionado al tiempo con lo que se mencionaba anteriormente, de lo desconocido, lo inexplicable y complejo de entender se reduce a una lógica simplista, donde la mujer no es en sí, sino que es mujer a partir de la mirada y el reconocimiento del hombre. A partir de lo que la sociedad decida que puede ser.

La comprensión de mujer en la sociedad está, al igual que en el psicoanálisis mediada netamente por las características anatómicas y fisiológicas: el ser mujer implica no tener pene. De entrada ubica a la mujer en una posición carente que la relega a desarrollarse como “lo Otro”, distinta al hombre en tanto no es. Simone de Beauvoir enuncia “No se nace mujer: se llega a serlo”, demostrando que existen más componentes y características propias de las cuales el hombre carece, que le aportan a su desarrollo femenino. Pero la estructura social predispone de un lugar para la mujer con vulva, la obliga en algunas ocasiones a cumplir con requisitos específicos, casi como una forma de castigo divino por no poseer un pene. No es posible que pueda gobernar su propia vida porque podría ser que también carezca de ella si no está aferrada a la de un hombre, la hunde en la inferioridad sin que pueda pensar en una posible forma para equipararse al hombre porque nada reemplazaría al pene y está entonces, condenada a la inferioridad eterna, el sufrimiento y la envidia a la figura masculina.

Relegada históricamente a ser “lo Otro”, la mujer ha podido generar luchas que la impulsan a salir de su opresión. Socialmente, legitimizando su lugar de falta, de carencia, la mujer no podría siquiera tener que luchar por un lugar distinto al que se le ha otorgado y

debería cumplir concretamente con su papel sumiso y pasivo. La mujer solo podría reconocer su ser si se ancla a una figura masculina acomodándose a su falta, exaltando la posesión del hombre. La autora considera esta actitud social de alguna forma deshumanizante y juzga de forma vehemente la manera en que se le ha convencido a la mujer que debe permanecer callada, sumisa, pasiva, como características propias de la falta, como características “buenas” exclusivas de “lo Otro”, radicalmente diferentes al deber ser del hombre y por esto se ha comprendido que lo femenino resulta como el complemento de lo masculino.

La forma que la autora propone para reclamar el lugar de igualdad en tanto sus derechos y privilegios pero al mismo tiempo con diferencias específicas que no la ubiquen y la limiten en un lugar de falta sino, de posesión de características distintas a las del hombre, que la libere de las culpas que recaen en la falta simbólica; es a través del desarrollo de su intelecto, de su conquista por la igualdad de condiciones sociales y de esta forma Simone de Beauvoir (1948) afirma que: “la mujer “moderna” acepta los valores masculinos: pone todo su amor propio en pensar, obrar, trabajar, crear con los mismos títulos que los varones; en lugar de tratar de rebajarlos, afirma que se iguala a ellos”. (de Beauvoir, 1948, p. 712)

La feminidad no proviene de una receta, ni de una fórmula mágica, la feminidad debe elaborarse de la mano con la conciencia de lo que implica esta realidad para la sociedad. El papel de la mujer, con el paso del tiempo ha ido reclamando un espacio de identidad propio, aunque todavía prevalezca la figura de “lo Otro”, es importante poder apropiarse de dicha diferencia para entenderse desde la igualdad activa con el hombre.

Freud explica que el concepto de actividad le pertenece exclusivamente a lo masculino y la pasividad le pertenece necesariamente a lo femenino. Sin embargo, es posible pensar que debido a los pocos desarrollos que logró exponer acerca del reconocimiento de lo femenino, la pasividad no es el componente primordial. La mujer llega a ser tan activa como pasiva, puede llegar a apropiarse de ambas condiciones porque reconoce en ella su capacidad migratoria psíquica. Cuando era niña, tuvo no solo que comprenderse poseedora de dos posibles zonas erógenas sino que también tuvo que desplazar su objeto de amor. El ejercicio migratorio de amar a la madre primeramente, luego descargar en ella su agresividad y hostilidad, desplazando todo su amor hacia el padre para luego regresar a ella con el fin de identificarse, resulta como una labor activa que únicamente ocurre en la mujer durante su desarrollo infantil. Freud, (1931) en su artículo sobre la sexualidad femenina afirma que: “Al final del desarrollo de la niña, empero, es preciso que el hombre padre se haya convertido en el nuevo objeto amoroso, o sea que, a medida que cambia de sexo, la mujer debe cambiar también el sexo del objeto”. (Freud, 1931, p. 521).

De esta forma, por los aportes que alcanzó a hacer Freud a la comprensión de la mujer y de la feminidad, no se logró concretar una posición respecto a ella en el psicoanálisis, pero se puede entender que el privilegio que le da a su teoría desde una mirada netamente falocéntrica, ubica directamente a la mujer en el lugar de “lo Otro”.

Finalmente, el último capítulo le corresponde a la figura de la mujer como madre, donde se explora esta forma de ser mujer, desde Simone de Beauvoir. Se plantea en principio que en contravía de lo que históricamente se ha encontrado, la única forma de reconocerse femenina no es exclusivamente a partir de la maternidad. Sin embargo, se

contrasta este postulado con que para el psicoanálisis freudiano, el ejercicio de la maternidad y específicamente de parir un hombre, significaría para la mujer encontrar finalmente su identidad y su esencia de vida femenina.

Basada en la supuesta construcción psíquica de la mujer a partir de la falta, Simone de Beauvoir desarrolla parte de su texto para explicar y fijar su oposición en dicho concepto psicoanalítico. La mujer no es consciente del problema que para Freud encarna su falta de pene. Incluso, durante la pubertad, no es un factor que genere de alguna forma la necesidad de ubicación en un lugar de inferioridad respecto al hombre. Este espacio de subordinación se debe más bien a una construcción de la cultura y la sociedad concretamente machista y misógina, donde la mujer no tiene lugar para poder pensarse como tal, si no es a través de la mirada y aprobación del género masculino.

Para poder pensar en lo que implica el “ser” mujer y la feminidad desde el psicoanálisis, es necesario revisar la teoría que Freud plantea acerca de la sexualidad femenina que ya ha sido explicado anteriormente respecto a la bisexualidad femenina, al movimiento activo y migratorio tanto de la primera zona erógena como de su primer objeto de amor, y las teorías del Complejo de Castración y Edipo, propios del hombre. En este capítulo fue igualmente importante darle a los planteamientos de la autora un sentido desde los desarrollos psicoanalíticos freudianos exclusivamente.

La envidia de pene, en teoría se deriva de la comprensión de falta del mismo en el desarrollo de la niña y su vida transcurre con un sentimiento de impotencia y subordinación frente al hombre quien sí lo tiene. Este desarrollo freudiano ha tenido, implicaciones muy fuertes en la sociedad y en la manera en que se comprende la mujer. Desde la envidia del

pene, le otorga herramientas al hombre para someter a la mujer por su falta, porque no es suficiente, porque no es como él.

Precisamente, se puede pensar que en este punto hay una ambigüedad clara. Al mismo tiempo que el hombre se siente superior a la mujer y con el derecho de rechazar de alguna forma su existencia, teme que ella le quite su única forma de poder: su pene, es decir teme a la castración. Según esta idea, la mujer solo tiene un camino para identificar su feminidad y es a través de la maternidad.

La Madre es un componente clave para el desarrollo de la teoría psicoanalítica moderna y se ha podido esclarecer con aportes más recientes la importancia de ella en la vida del ser humano. Para Freud, la maternidad era la forma real de alcanzar la feminidad. Simone de Beauvoir, explica en su texto, que la mujer atraviesa diferentes procesos que implican un movimiento psíquico respecto a su vida: movimientos emocionales, físicos, sociales, económicos e incluso políticos influyen en el ejercicio de la maternidad.

La maternidad debería ser una decisión consciente de la mujer, debe querer serlo y debe ser un ejercicio consensuado. En otro caso es muy posible que el embarazo traiga implicaciones irremediabiles. En la modernidad, la mujer ha luchado en contra de esta imposición patriarcal que intenta seguir dominando todas las áreas de su vida. La apropiación del concepto de mujer y la consciencia de la identidad femenina no tienen nada que ver con el hecho de lograr ser madre o no. La feminidad en ninguna forma, responde al hecho de tener o no tener un hijo, que desde la teoría freudiana resulta como un homólogo al pene masculino. Muchas mujeres que quisieran ser madres, por razón de su constitución anatómica o la impotencia de su pareja (hombre), no logran concebir un hijo o hija, otras

por el contrario, quienes en su vida el embarazo no ha sido una opción, tienen la facultad de gestar un embarazo con rapidez y con frecuencia, recurren a prácticas abortivas que al tiempo son castigadas socialmente.

Tanto el embarazo como la maternidad, son ejercicios que corresponden únicamente a la mujer que lo vive, a decidir sobre ello. El apoyo de sus propias madres o por el contrario, el rechazo de esta frente a su embarazo, el apoyo de amigas, de su propia pareja, las condiciones socio culturales donde se encuentre inmersa, las facilidades económicas con las que cuente, su edad, su desarrollo físico y mental e incluso sus logros intelectuales influyen en la mujer para decidir acerca de dar vida, quitarla o no gestarla en ninguna medida. De acuerdo con esto, es posible pensar que lo que corresponde exclusivamente a la feminidad y a la mujer es la idea respecto a su maternidad.

Los tres capítulos que se desarrollaron, dan lugar a la discusión de los dos autores sobre conceptos que se han estructurado a medias a favor de la feminidad por parte del psicoanálisis freudiano. Estudios e investigaciones posteriores de cohorte psicoanalítico, permiten dar una mirada mucho más amplia, profunda y humanizante a la mujer y a lo propiamente femenino: no solo depende del trabajo que le cueste individualmente para reconocer elementos que la visibilizan como poderosa, no solo ubicarse en el lugar activo desde su intelecto que la superponen a su opresión y la igualan al hombre, ni mucho menos el hecho factico de la maternidad da lugar a comprenderse como sujeto femenino. Es un conjunto de factores psíquicos, sociales, económicos, culturales, etc., lo que le permiten hoy en día a la mujer comprenderse como tal y reconocer en ella características femeninas que la diferencien en tanto existencia con el hombre pero que la posicionen en el mismo lugar de privilegio que él ha tenido históricamente.

Conclusión

A manera de conclusión se considera que es importante resaltar por un lado, que los aportes que alcanzó a dar Freud respecto a sus adelantos acerca de la feminidad estuvieron mediados por las limitaciones del pensamiento social de la época, que sus investigaciones acerca del desarrollo psíquico humano estuvieron basadas en la observación de sus pacientes y los conceptos que pudo realizar surgieron a partir de las narraciones de sus consultantes y, que además el hecho de haberse desarrollado como hombre, le proporcionaba menos herramientas para poder comprender y pensar en la mujer y en el concepto de feminidad. Sin embargo, posterior a él, han existido aportes psicoanalíticos que dan cuenta más profunda y elaborada a lo que enunció Freud y la cuestión de lo femenino ha ido tomando una posición más central y problematizable en el psicoanálisis.

Las ideas frente al desarrollo de la mujer y de lo femenino que Freud alcanzó a proponer en su teoría influyeron en la manera en que socialmente se piensan ambos conceptos, incluso hasta en la actualidad y han aportado un reconocimiento sobre la experiencia femenina tanto para hombres como para las mujeres.

Por otro lado, Simone de Beauvoir logró postular su crítica no solo frente al psicoanálisis freudiano, sino a la construcción y comprensión social de la mujer y de la feminidad para mediados del siglo XX. Sus planteamientos dejan en evidencia que muy poco se ha pensado en la mujer y lo femenino, lo que es exclusivo de ella y las formas en que socialmente ha sido presa de la opresión causada por el machismo.

La integración de las posturas de los dos autores, opuestas, pensadas y desarrolladas en contextos distintos, conlleva a una interpretación de sus perspectivas difícil de

entretrejer. Sin embargo, permitió la comprensión de manera crítica de la forma en que para el psicoanálisis se construye la idea de la feminidad y lo que es ser mujer.

Se consideran fundamentales y relevantes los aportes de Freud acerca del desarrollo sexual de la mujer, la bisexualidad femenina, el Complejo de Castración y la envidia del pene como elementos constitutivos de la mujer y que de alguna manera le dan una posición diferente de ser un elemento homólogo al hombre. Por su parte, Simone de Beauvoir hace un recorrido por los antepasados de la mujer y la mitología que acompaña su historia, y resalta la importancia que tiene reconocer las características de lo que implicaba ser mujer, la herencia que se tiene del poder, relatado a través de los años que tuvieron las brujas y las hechiceras, que las posicionaron en un lugar de privilegio constitutivo que, de forma indirecta el psicoanálisis también alcanza a explicar desde su teoría acerca del desarrollo de la mujer. La persecución que socialmente se le ha dado a la mujer para oprimir y subordinar sus capacidades a nivel general, buscan acallar la posibilidad de igualdad con el hombre.

La soberanía que se le ha concedido a los hombres como poseedores del pene, abre la posibilidad de discutir, cómo el psicoanálisis ha legitimado al hombre como el poseedor del derecho a tener un desarrollo psicosexual mucho más claro que el de la mujer, y lo ha ubicado a él en el lugar del origen obligando a que la mujer permanezca en la incertidumbre que la caracteriza.

Por lo anterior, es considerado necesario que el psicoanálisis se permita continuar elaborando desarrollos teóricos que permitan extraer a la mujer de un lugar, que termina siendo reduccionista como lo es pensar en que su desarrollo resulta homólogo al del

hombre, para que así se pueda ampliar la mirada clínica de lo que le corresponde únicamente a lo femenino. Los aportes que dejó Simone de Beauvoir respecto a cómo se comprende la mujer desde la mirada social y filosófica, permiten abrir un espacio distinto a la mujer a partir de reconocerla como una figura que guarda una relación con la venganza y la muerte, que parte desde el temor por la castración del hombre; reconocerla como una figura que permanece como “lo Otro”, en tanto es distinta al hombre pero tiene constitutivamente la misma necesidad y las mismas posibilidades de recibir los mismos privilegios, desde la comprensión de mujer como un ser completo, y no como un ser carente o en falta como el psicoanálisis freudiano la consideró; y reconocer la feminidad no solo como el resultado de la experiencia materna, sino como la forma en que cada mujer logra pensarse y ubicarse en la sociedad ya que la maternidad que resulta ser una vivencia tanto psíquica como física, es muy distinta para cada una y por ende no determina hoy en día de ninguna manera su identidad.

Identificar la herencia de sus antepasados que la vincula indudablemente con la venganza y la muerte, reconocerse desde la completud y no desde la falta y permitir pensarse femenina incluso sin considerar la maternidad, son algunas de las formas en que Simone de Beauvoir plantea su crítica respecto al desarrollo de lo femenino que resuenan importantes a la hora de establecer una mirada de la autora frente al mismo concepto desde lo que formula el psicoanálisis freudiano.

Referencias

De Beauvoir, S. (1948). *Primera parte: DESTINO (I)*. El segundo sexo. (33-60). 11ed.

Bogotá, Colombia: Penguin Random House Grupo Editorial. (2019)

De Beauvoir, S. (1948). *Segunda parte: HISTORIA (I)*. El segundo sexo. (61-136). 11ed.

Bogotá, Colombia: Penguin Random House Grupo Editorial. (2019)

De Beauvoir, S. (1948). *Tercera parte: MITOS (I)*. El segundo sexo. (137-202). 11ed.

Bogotá, Colombia: Penguin Random House Grupo Editorial. (2019)

De Beauvoir, S. (1948). *Cuarta parte: FORMACIÓN (I)*. El segundo sexo. (205-345).

11ed. Bogotá, Colombia: Penguin Random House Grupo Editorial. (2019)

De Beauvoir, S. (1948). *Primera parte: SITUACIÓN (II)*. El segundo sexo. (375-566).

11ed. Bogotá, Colombia: Penguin Random House Grupo Editorial. (2019)

De Beauvoir, S. (1948). *Segunda parte: JUSTIFICACIONES (II)*. El segundo sexo. (617-

636). 11ed. Bogotá, Colombia: Penguin Random House Grupo Editorial. (2019)

De Beauvoir, S. (1948). *Conclusión*. El segundo sexo. (710-725). 11ed. Bogotá, Colombia:

Penguin Random House Grupo Editorial. (2019)

Freud, S. (1931) Sobre la sexualidad femenina. En: Obras Completas. Tomo III. Editorial

Biblioteca Nueva, Madrid. (1968)

Freud, S. (1932) La Feminidad. En: Obras Completas. Tomo II. Editorial Biblioteca Nueva,

Madrid. (1968)

- Freud, S. (1917) El tabú de la virginidad. En: Obras Completas. Tomo I. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid. (1968)
- Freud, S. (1905) Una teoría sexual. En: Obras Completas. Tomo I. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid. (1968)
- Freud, S. (1925) Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. En: Obras Completas. Tomo III. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid. (1968)
- Freud, S. (1923) La organización genital infantil. En: Obras Completas. Tomo I. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid. (1968)
- Freud, S. (1908) Teorías sexuales de los niños. En: Obras Completas. Tomo I. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid. (1968)
- Kirkpatrick, K. (2020) Convertirse en Beauvoir. Barcelona, España. Editorial Paidós.